

PRESENTACIÓN

Los tan esperados cambios en la clasificación y criterios de diagnóstico del DSM para los Trastornos de la Conducta Alimentaria está a punto de ver la luz, se esperan para la primavera. Por ello, recopilamos brevemente en este número los cambios más relevantes que parece que se avecinan en el DSM V. Suponemos que darán más juego para la docencia e investigación que para la clínica. A ningún clínico se le escapaba que porque una paciente tuviera la regla, no por ello dejaba de padecer anorexia nerviosa si el conjunto de sus psicopatología así lo apuntaba. La clínica es más que la taxonomía y siempre antes. Pero ayuda lo suyo tener un “manual” de consulta y trabajo consensuado por eminentes expertos. Nos trae el DSM V la confirmación de muchas cosas que los clínicos veíamos cada día. Es un alivio saber que aquello que veíamos alcanza rango de oficialidad. Eso ya es mucho.

La relevancia que ha alcanzado la obesidad en nuestro días hace que se investigue cada vez más sobre sus bases biológicas, en la línea, sobre todo, de la genética. Los elementos ambientales, dieta y ejercicio, están muy devaluados en cuando a “explicar” el enorme crecimiento de esta patología. Y resulta un hecho paradójico, por cuanto es bien sabido (o al menos eso pensamos) que los genes no van cambiando en unas decenas de años. Cuando ocurre lo que ha ocurrido con la obesidad miramos hacia el ambiente. Pero todos los esfuerzos realizados hasta la fecha en pos de la educación nutricional o el ejercicio físico no parecen haber logrado gran cosa. Se investiga mucho sobre qué ocurre con esos factores ambientales, de indudable importancia. Tal vez la clave sea cómo interaccionan con nuestra disposición genética. No deja de ser un reto llegar a

explicar el porqué de la resistencia de estos factores ambientales: aprender a comer (no es hacer una dieta) y a hacer ejercicio (no es apuntarse a un gimnasio) parecen retos que los científicos de la conducta tienen por delante para años. En todo caso, Inmaculada Ruiz Prieto aporta un análisis sobre las cuestiones genéticas de la obesidad.

Y al hilo de la obesidad, hay quien la considera como un auténtico proceso inflamatorio. En la misma línea se proponen hipótesis sobre la anorexia, patología en la que no son pocas las alteraciones inmunológicas que se van descubriendo. El tiempo de la “leucopenia con linfocitosis” parece haber pasado de moda al igual que cerrar la puerta a la investigación de las alteraciones inmunológicas de estos pacientes con aquello de que “tienen pocas infecciones”. Se abre una línea que hay que fomentar en el futuro, por lo que hacemos en este número una revisión breve sobre los hallazgos más relevantes al respecto.

Al lado de aspectos tan biológicos, Eva Lago y colaboradores aportan una perspectiva psicosocial interesante, como es el análisis de la influencia de las páginas pro-anorexia y pro-bulimia en pacientes con trastorno de la conducta alimentaria. LO que se ha venido en llamar “movimiento pro-anorexia y pro-bulimia” es un fenómeno recientemente extendido desde EEUU a Inglaterra a finales de la década de los 90. Analizar las motivaciones que llevan a consultar este tipo de páginas, así como las secciones más frecuentemente consultadas y el impacto que tienen en el trastorno constituye un trabajo de sumo interés y aplicación práctica.

Carolina Pérez Lancho y cols. nos acercan al estudio del estrés y su influencia en algunas variables relacionadas con la conducta alimentaria. Finalmente, Patricia Bolaños Ríos nos presenta un caso de tratamiento de un trastorno de la conducta

alimentaria durante el embarazo de la paciente desde una perspectiva esencialmente nutricional.

Como en números anteriores, queremos expresar nuestro agradecimiento a los autores y volver a dejar constancia de que nuestra Revista es, ante todo, un lugar para la reflexión y para mostrar trabajos e ideas, desde muchas disciplinas. Nos gusta recordar que en estos años hemos venido contando con las aportaciones de profesionales de la psicología, farmacia, lingüística, comunicación, sociología, biología, pediatría, nutrición y dietética, antropología o psiquiatría, así como de personajes del mundo de la literatura o el cine.

Seguimos esperando nuevas aportaciones, recordando que en tiempos difíciles en los que tanto cuesta sentarse a escribir y, mucho más, reflexionar, siempre es motivador conocer lo que otros hacen y piensan. En este sentido, la Revista Trastornos de la Conducta Alimentaria sigue y seguirá abierta a la opinión, a la voz, de quienes quieran aportar su experiencia y conocimientos para mejorar la ayuda a nuestros pacientes y sus familias.

Ignacio Jáuregui Lobera

Director